

# *Quan s'és jove per fer bonic i quan s'és gran per no fer fàstic. Tocadores y lavamanos en la vivienda catalana de la época moderna*

Mónica PIERA MIQUEL

Asociación para el Estudio del Mueble

## RESUMEN

Nos proponemos rastrear las diversas fisonomías que adquieren los muebles que se utilizan para el arreglo personal y el aseo en la Cataluña de la época moderna, así como la decoración de la estancia que los acoge y su ubicación dentro de la vivienda, utilizando la documentación de archivo y las piezas catalogadas como principales fuentes de información. Nos fijaremos en el tocador femenino, objeto de representación social, que adapta su apariencia al concepto de lujo de cada momento. Pero igualmente prestaremos atención al tocador para hombres, mucho menos conocido, y al lavamanos, mueble para el lavado parcial, utilizado en el tocador pero también en el comedor.

**Palabras clave:** Tocador, lavamanos, belleza, higiene, Cataluña, mueble.

## ABSTRACT

In this article we propose to follow the main traits of the pieces of furniture that have been used for the personal beauty and upkeep for men and women in Catalonia during the modern period, as well as the decoration of the dressing room and its place in the house. Our information sources come from both the archives and the different furniture. We notice that the appearance of the ladies dressing table, an object of social importance, is adapted to the concept of luxury of the time. But we will also discuss the lesser known shaving table and the washing-stand, which is the piece of furniture for the washing of different areas of the body, that is used in the *toilette* but also in the dining room.

**Key words:** Dressing-table, wash-stand, beauty, hygiene, *toilette*, Catalonia, furniture.

*Quan s'és jove per fer bonic i quan s'és gran per no fer fàstic* es un refrán catalán que podríamos traducir como “cuando se es joven para presumir y cuando se es mayor para no dar asco”. Esta frase me la enseñó mi madre un día, cuando de niña, le pregunté porqué se arreglaba y maquillaba y, seguidamente, le espeté que era una falsa porque hacía creer a la gente que era guapa cuando en verdad no lo era. Ante tal insolencia, bien hubiera merecido un bofetón o al menos una reprimenda, pero ella respondió con ese contundente refrán a favor del cuidado personal. Pasando de la anécdota al tema de estudio, es necesario puntualizar que el lugar donde mi madre se arreglaba, era la estancia que llamamos lavabo, que se generalizó en el siglo XX y donde en la actualidad solemos llevar a cabo las diferentes funciones de baño, aseo y arreglo personal.

Un repaso a la documentación y una mirada a los muebles que han llegado hasta nosotros permiten captar la diferente concepción y valoración social que se ha otorgado al tocador femenino con respecto a la barbera y, más aún, con respecto al lavamanos, que, por otro lado, también tenía su lugar en la casa. Mientras que el primero, como mueble para el arreglo y además contenedor de las joyas y a veces de la plata, se convierte en una pieza central de la vida social de las clases altas en la época moderna; el lavamanos, en cambio, se entiende como un mueble básicamente práctico que permite la limpieza de las manos y la cara con una importancia social menor, aunque su uso se rige también por unos códigos definidos. Así, el lavarse las manos antes de empezar a comer forma parte de los actos perfectamente ritualizados que se establecen entorno a la mesa y que derivan de la consideración purificadora del agua desde la Antigüedad.

Es nuestro interés centrarnos en las piezas de mobiliario y su evolución formal y funcional, especialmente en el XVIII, momento de máximo desarrollo de la tipología<sup>1</sup>. Comprobaremos cómo la estructura y decoración del tocador y de la habitación que lo acoge responden a los parámetros estéticos generales y al concepto de lujo de cada momento y que en el siglo de la Ilustración, en palabras de Sempere y Guarinos, se fija más en la frivolidad y el capricho que en la buena calidad del trabajo o el costo de los materiales<sup>2</sup>. Aunque podemos apreciar características que ayudan a identificar los muebles realizados en tierras catalanas a lo largo de los siglos, en general su estructura sigue pautas comunes a otros centros de España, influenciadas en gran medida por los modelos desarrollados en palacio por la monarquía y, por otro lado, por las propuestas procedentes del extranjero, especialmente de Londres y de los puertos italianos. Aún así, gracias al abundante número de ejemplares conservados, podemos definir las características de los muebles construidos en tierras catalanas y ofrecer elementos diferenciadores que ayudan a su estudio.

Es también interesante reflexionar sobre el tocador masculino, pieza de origen antiguo, pero con amplio desarrollo en el siglo XVIII, y que al necesitar del agua para llevar a cabo el afeitado, es el primero que aún en una sola obra de ebanistería las funciones de arreglo y lavado, abriendo el camino que llevará a la dignificación del lavamanos o palanganero y a la evolución de su estructura, que en la segunda mitad de siglo XIX pasa de jarra, jofaina y toalla, a grifo, jofaina, espejo y compartimentos.

---

<sup>1</sup> Nuestro punto de interés se centra especialmente en el elemento mobiliario y su espacio y su relación con los parámetros estéticos de la época. Pero igualmente interesante nos parece reflexionar cómo sus formas y diseños responden a los valores que rigen su vida social. Sobre la historia del baño en la época moderna consultar entre otros GARCIA NAVARRO, Justo y PEÑA, Eduardo de la: *El cuarto de baño en la vivienda urbana*, Madrid, Fundación Cultural COAM, 2001 (1998). SARTI, Raffaella: *Vida en Familia. Casa, comida y vestido en Europa Moderna*, Barcelona, Crítica, 2003.

<sup>2</sup> SEMPERE Y GUARINOS, Juan: *Historia del lujo y de las leyes suntuarias de España*, vol. II, Valencia, Ediciones Alfons El Magnànim, 2000, p. 178.

Si en Cataluña el tema del tocador en la época moderna ha sido abordado en algunas ocasiones al verse implicado en una actividad social a la moda, el uso y función de la barbera y del lavamanos han tenido menor suerte, justamente por su baja consideración social y la escasa evolución en su significación y práctica<sup>3</sup>. De todas formas, creemos interesante dedicar el escrito a los tres muebles, teniendo en cuenta que en nuestro lavabo actual hemos fundido las diversas funciones, como consecuencia de los avances de la medicina moderna durante los siglos XIX y XX, que nos han llevado a considerar la limpieza con agua y jabón condición imprescindible y previa de la belleza física.

## 1. ANTECEDENTES

Podríamos rastrear el tocador desde siglos antes de Cristo ya que la mujer se ha aseado, perfumado y adornado desde las culturas más antiguas. Ya en Egipto el uso de ungüentos era considerado esencial para la buena higiene y éstos se colocaban en cajas con compartimentos de diversos tamaños para ubicar los recipientes de alabastro, vidrio y cuerno. Un buen ejemplo es la caja de Merit en madera pintada, que se conserva en el Museo Egipcio de Turín, perteneciente al reino de Amenofis II-III (1428-1351 a.C.). Entre los complementos de estos muebles de la belleza cabe destacar el espejo, imprescindible en cualquier tocador y uno de los elementos que lo identifica y define y que, por aquel entonces, era de mano en metal pulido.

También el lavado de cuerpo completo o local forma parte de los actos diarios de las clases altas en la antigüedad, otorgando al agua atributos purificadores sobre todo del espíritu, lo que lleva a relacionar su uso con momentos determinados de la vida del hombre. Se suceden las imágenes de sirvientas portando agua en jarras que vierten sobre cuencos que reposan en soportes, igual que han llegado a nosotros bellos aguamaniles de metal o barro griegos y romanos algunos zoomorfos para llevar agua a la mesa, donde poderse lavar antes de la comida.

Las siguientes civilizaciones antiguas siguen dedicando una importante consideración a la higiene y al aseo personal. Si los baños suelen realizarse en lugares públicos y forman parte de las actividades sociales, el tocador se lleva a cabo en las casas particulares donde se destina un espacio al cuidado del cuerpo y muy especialmente del pelo. Espejos de mano en metal y peines son objetos comunes en las colecciones de arte griegas, etruscas y romanas.

Durante la Edad Media es posible encontrar referencias concretas de tocadores. En Francia, por lo menos desde el siglo XIV, este mueble se presentaba en forma de espejo sobre un soporte de pie alto que permitía a la mujer seguir el arreglo del tocado sentada frente a él. La superficie podía ser todavía de metal pulido o ya de

---

<sup>3</sup> Nosotros mismos hemos tratado el tema del tocador en varias ocasiones, especialmente en "La cómoda y el tocador, muebles de prestigio en la sociedad catalana del siglo XVIII" *Pedralbes*, 25 (2005), pp. 259-282. Respecto al lavamanos hay estudios generales, pero no conocemos ninguno específico que haga referencia a la Cataluña Moderna.

vidrio, teniendo en cuenta que durante este siglo aumentó la disponibilidad del vidrio plano transparente. Tanto en un material como en el otro, el tamaño de este espejo era siempre pequeño a causa de la dificultad para realizarlo y consecuentemente de su alto coste.

A partir del siglo XV se suceden los tratados donde la cosmética y los perfumes tienen su espacio y donde las recetas galantes y los libros de secretos ofrecen propuestas para el adorno personal. De 1460 data la obra misógina de Jaume Roig, *Spill*, también conocida como *Llibre de les dones*<sup>4</sup>, donde como explica Pérez Samper, se establece una compleja vinculación entre los conceptos de belleza, higiene, salud y sexo, común en la época<sup>5</sup>. La documentación de protocolos catalana recoge peines para el cabello, a menudo de marfil, y peinadores, es decir telas que se colocan alrededor del cuello a la hora del peinando (*Un pentinador amb tres pintes i un mirall redó pintat a la porta de la cambra* en el inventario de Nicolau Bruguera, ciudadano de Barcelona en 1458). También son comunes objetos para el aseo masculino, como las sillas de barbero, las tijeras para arreglar la barba y las bacinas (*un bassi de aram per fer barbes, migencer* en el inventario de Mas Canals de 1460)<sup>6</sup>.

Igualmente se repiten los muebles de lavado, ya sean lavacabezas o lavamanos, éstos frecuentemente formados por una estructura de madera que incluye un pilar donde descansa la palangana y un travesaño más alto del que pende el aguamanil a partir de una cadena que permite su inclinación para verter el agua. Otros modelos más sencillos cuelgan el aguamanil directamente de una viga del techo o de un madero de la pared. Se documentan con breves entradas como *Un lavacap de ferro, un lava mà de lauto penjat ab sa cadena, un rantacaps con una librella ab aigua e una tovallola* a finales del siglo XV<sup>7</sup>. En realidad, el lavado de manos se puede realizar en un simple barreño de madera o barro cocido, o incluso en el cubo del pozo. A menudo se ubica en la entrada de la vivienda, especialmente en las casas de campo y se generaliza en el dormitorio, ya fuera con un depósito fijado en la pared, ya fuera con una jarra y palangana portátiles.

En la casa señorial medieval, siguiendo costumbre de la época antigua, se realiza la ceremonia de lavar las manos antes de empezar a comer, para lo que se acerca un sirviente con el aguamanil, jofaina y toalla a cada uno de los comensales. Así entendemos las referencias documentales que se suceden, al menos desde el siglo XIV, como los *lavadors de mans, la bacina ab lo pitxer*, la mayoría de barro cocido, pero también de plata y cobre. Teresa Vinyoles ha recogido varias, por ejemplo

<sup>4</sup> ROIG, Jaume: *Spill o Llibre de les dones*, Barcelona, Barcino, 1928.

<sup>5</sup> PEREZ SAMPER, M. Angeles: “Los recetarios de mujeres y para mujeres. Sobre la conservación y transmisión de los saberes domésticos en la época moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 1997, pp. 121-154.

<sup>6</sup> VINYOLES, Teresa: “La qualitat de vida en un mas del Vallès al segle XV: estudi d’un inventari del mas Canals de Rubí (Can Rosés)”, *El mas català durant l’Edat Mitjana i la Moderna (segles IX-XVIII: aspectes arqueològics, històrics, geogràfics, arquitectònics i antropològics)*, 2001, pp. 479-520.

<sup>7</sup> MASSOT, Ma. José: *El moble a les illes Balears segles XIII-XIX*, Barcelona, Àmbit, 1995, p. 56.

en un hostal de la calle Portaferriassa de Barcelona en 1408, o la *bacina de rentar mans de terra obra de València* en la casa barcelonesa de un barquero en 1446, o con textos tan reveladores como el del servidor que se acercaba con una toalla a la mesa e prop d'ell tenir aparellada la bacina ab lo pitxer o qualsevulla altro veixell que per aital mester servesca<sup>8</sup>.

## 2. LA ÉPOCA MODERNA

Como bien comenta Fornaciani, en la época premoderna ciencia, magia, farmacia, perfumería y cosmética se mezclan para producir una infinidad de recetas al servicio de la belleza<sup>9</sup>. Siguiendo modelos anteriores, se difunden unos cánones estéticos que van de la cabeza a los pies y se dan las pautas para seguirlos. Los cabellos debían ser largos y rubios, la piel luminosa como el marfil, las cejas negras como el ébano, amplias en el centro y más sutiles en los extremos, los ojos grandes, la boca pequeña, el cuello blanco y largo, el pecho rosado, amplio y luminoso sin huesos en evidencia y las manos blancas. Como la naturaleza no daba estos atributos a todas las mujeres, los tratados ayudaban a conseguir la idealizada imagen a partir del arte, la industria y el ingenio.

Si nos adentramos en la España del siglo XVI, a partir de la literatura obtenemos informaciones sobre los cánones de mujer guapa, que coinciden con los anteriormente comentados. Quevedo describe detalladamente el modelo de belleza de la época y se detiene en las cualidades de la mujer deseada que sabe moverse con gracia y hace perder la cabeza a los hombres:

“Venía una mujer hermosa, trayéndose de paso los ojos que la miraban y dejando los corazones llenos de deseos. Iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro a los que ya le habían visto y descubriéndole a los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por velo, tal vez por tejadillo; ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya se hacía brújula mostrando un ojo solo, ya tapada de medio lado descubría un tarazón de mejilla. Los cabellos, martirizados, hacían sortijas a las sienes. El rostro era nieve y grana y rosas que se conservaban en amistad esparcidas por labios, cuello y mejillas; los dientes transparentes; y las manos, que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones. El talle y paso ocasionando pensamientos lascivos; tan rica y galana como cargada de joyas recibidas y no compradas. Vila, y arrebatado de la naturaleza, quise seguirla entre los demás, y a no tropezar en las canas del viejo lo hiciera. Volvíme atrás y diciendo: -Quien no ama con todos sus cinco sentidos una mujer hermosa, no estima a la naturaleza su mayor cuidado y su mayor obra. ¡Dichoso es el que halla tal ocasión y sabio el que la goza! ¿Qué sentido no descansa en la belleza de una mujer que nació para amada del hombre? De

<sup>8</sup> VINYOLES, Teresa: “La documentació escrita com a font de la coneixença de la ceràmica”, *Transferències i comerç de ceràmica a l'Europa mediterrània (segles XIV-XVII)*, Palma, Institut d'Estudis Baleàrics, 1997, p. 388.

<sup>9</sup> FORNACIAL, Valentina: *Toilette, profumi e belletti alla corte dei Medici*, Livorno, Sillabe, 2007, p. 8.

todas las cosas del mundo aparta y olvida su amor, correspondiendo, teniéndole todo en poco y tratándole con desprecio. ¡Qué ojos tan hermosos honestamente! ¡Qué mirar tan cauteloso y prevenido en los descuidos de una alma libre! ¡Qué cejas tan negras, esforzando recíprocamente la blancura de la frente! ¡Qué mejillas, donde la sangre mezclada con la leche engendra lo rosado que admira! ¡Qué labios encarnados, guardando perlas que la risa muestra con recato! ¡Qué cuello! ¡Qué manos! ¡Qué talle! Todos son causa de perdición y juntamente disculpa del que se pierde por ella”<sup>10</sup>.

Continúa el texto con una crítica a los excesos y a las pasiones, que ejemplifica con una agria descripción que perturbaría el sueño de cualquiera y que deja en evidencia lo absurdo de una determinada imagen de mujer lograda a base de artificio, ungüentos y máscaras, sin atisbo de lavado y donde el agua sólo se presenta en forma de agua de olor:

“Pues sábete que las mujeres lo primero que se visten en despertándose es una cara, una garganta y unas manos, y luego las sayas. Todo cuanto ves en ella es tienda y no natural. ¿Ves el cabello? Pues comprado es y no criado. Las cejas tienen más de ahumadas que de negras, y si como se hacen cejas se hicieran las narices, no las tuvieran. Los dientes que ves, y la boca, era de puro negra un tintero y a puros polvos se ha hecho salvadera. La cera de los oídos se ha pasado a los labios y cada uno es una candelilla. ¿Las manos, pues? Lo que parece blanco es untado. ¡Qué cosa es ver una mujer que ha de salir otro día a que la vean, echarse la noche antes en adobo y verlas acostar las caras hechas cofines de pasas, y a la mañana irse pintando sobre lo vivo como quieren! ¡Qué es ver una fea o una vieja querer, como el otro tan celebrado nigromántico, salir de nuevo de una redoma! ¿Estás las mirando? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras no las conocerías. Y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una mujer hermosa, donde se enjugan y secan y derriten más jalbegues que sus faldas. Desconfiadas de sus personas, cuando quieren halagar algunas narices, luego se encomiendan a la pastilla y al sahumero o aguas de olor, y a veces los pies disimulan el sudor con las zapatillas de ámbar. Dígame que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer y ahitos de lo que le parece. Si la besas te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tablillas y abollas cartones; si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo la cama en los chapines; si la pretendes te cansas; si la alcanzas te embarazas; si la sustentas te empobreces; si la dejas te persigue; si la quieres te deja. Dame a entender de qué modo es buena, y considera agora este animal soberbio con nuestra flaqueza, a quien hacen poderoso nuestras necesidades, más provechosas sufridas o castigadas que satisfechas, y verás tus disparates claros. Considérala padeciendo los meses y te dará asco; y cuando está sin ellos acuérdate que los ha tenido y que los ha de padecer, y te dará horror lo que te enamora. Y avergüenzate de andar perdido por cosas que en cualquier estatua de palo tienen menos asqueroso fundamento.”

---

<sup>10</sup> QUEVEDO, Francisco de: “Fin del Mundo por de dentro”, *Los sueños*, Madrid, Cátedra, 1995 (1612).

Igualmente duras son las palabras que vierte Philip Stubbs en *Anatomie of Abuses* en 1583 en referencia a la mujer inglesa quien, no contenta con su físico, acudía a *adulterate the Lord's workmanship with unguents and cosmetics*<sup>11</sup> y es que los secretos en pro de la belleza se suceden y repiten en los diferentes países europeos con pocos cambios, provocando continuas críticas a los excesos.

No es nuestra intención hacer aquí un repaso de la evolución de la moda y el peinado, y dejando de lado las razones que llevan a esta desmesura en la imagen, los ejemplos sirven para recordar cómo la belleza se relacionaba con la aplicación de productos y el adorno, sin vislumbrar bajo ese concepto referencias a la higiene obtenida por el lavado, una concepción que se refuerza durante toda la época moderna. Pérez Samper nos informa que los tratados femeninos de belleza, muchos de ellos sin publicar, se pueden englobar principalmente bajo cuatro conceptos: recetas para proporcionar buenos olores, blanduras o fórmulas para aclarar la tez, cuidado de las manos, y finalmente del cabello, con tintes y jabones<sup>12</sup>. En realidad, a partir del siglo XVI en Europa el baño público de cuerpo entero es cada vez más excepcional al generalizarse la idea de que contagiaba enfermedades, así como “por la sexofobia contrarreformista y reformista”<sup>13</sup>. Todo ello favorece el desarrollo del lavado privado que atendía únicamente al pelo, cara, manos y pies. Como hemos visto, este aseo local ya se realizaba en épocas anteriores, pero quedando ahora prácticamente como único tipo de baño.

La información documental subraya la idea de la belleza artificial. En su repaso a los interiores domésticos mallorquines M. José Massot tropieza con botes de olor, pastillas, almizcle, flor de naranjo, bálsamo como métodos para obtener distinción y elegancia, además de peines con fundas de ébano o pintadas, cepillos, sillas de barbero y jofainas para lavarse la cabeza. Además, entre los bienes de la sala localiza palanganas para lavarse las manos, como en el caso de sala del Sindicat de Fora donde encuentra *una conca de llautó ab peus de lleó qui servex per lavatori*, que en 1688 la misma pieza lleva añadida *un grifó a la paret per a l'aigua*, mientras que en toda la documentación consultada no se ofrecen datos que permitan hacer pensar en la práctica del baño<sup>14</sup>.

Los trabajos en pro de la deseada belleza se consiguen con productos de perfumería y se llevan a cabo en el dormitorio. Aunque no conocemos bien los modelos de mueble que sirven para el soporte de los ungüentos en el periodo medieval, en los siglos XVI y XVII se desarrolla en forma de bufetillo; es decir, de una pequeña mesa con uno o varios cajones bajo el tablero y a veces en la testera para dejar los instrumentos indispensables para el cuidado de la cara y el cuerpo. Sobre el tablero se colocaba el espejo en forma de atril que se podía plegar en caso necesario o, en su defecto, de mano, que se guardaba en el cajón para que no se rompiera. Este modelo de mesa tuvo gran difusión en toda España como evidencian los

<sup>11</sup> En EDWARDS, Ralph: *The dictionary of English Furniture*, Londres, Antique Collectors' Club, 1986, vol. III, p. 224.

<sup>12</sup> PEREZ SAMPER, *op. cit.* (nota 5), p. 136.

<sup>13</sup> SARTI, *op. cit.* (nota 1), p. 250.

<sup>14</sup> MASSOT, *op. cit.* (nota 6), p. 84.

documentos, así como los ejemplares conservados. La generalización de la tipología permite entender que en el diccionario de Autoridades, publicado en 1726, se define bufetillo, en lo literal cómo diminutivo de bufete, “pero de ordinario se suele tomar por el que sirve para el tocador de las mugeres (sic), o para adorno en los estrados”.

Esta interpretación del término bufetillo como tocador la secunda Carmen Abad respecto al bufete *de tocar* que recoge entre los bienes de la noble Ana de Huries en su inventario redactado en Zaragoza en 1620<sup>15</sup>. Si la autora comenta que este mueble es muy poco común en esta localidad aragonesa hasta entrados en el siglo XVIII, nuestro repaso a la documentación catalana nos ofrece una visión muy diferente, ya que el *lligador*, término con el que se conoce este bufetillo, que suele incluir un cajón en la cintura que cierra bajo llave, lo recogemos con relativa asiduidad. La primera referencia se nos presenta en una fecha tan temprana como 1503, a la que siguen entradas como:

Un lligador de noguer amb son faristol (1594), Un lligador de noguer de dona ab son calaix bo (1603), Un lligador de noguer ab son calaix y faristol per a tenir lo mirall (1612), Un lligadó de fusta de cedro ab calaix y son pany y clau (1714) o Un lligador ab son pany y clau dins lo qual un mirall petit per dit lligador (1733)<sup>16</sup>.

Se trata de una mesa rectangular de pequeño tamaño, en los primeros tiempos suele ser de madera de nogal, con patas torneadas. En la segunda mitad de siglo XVII destacan las de maderas exóticas, especialmente en ébano o palisandro, con patas de lira y en el siglo XVIII las más nuevas y a la moda incorporan las elegantes patas cabriolé. Este modelo de mesa tocador se asemeja a las que para el mismo propósito se utilizaban en Inglaterra al menos desde el siglo XVII<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> ABAD, Carmen: “La vivienda aragonesa de los siglos XVII y XVIII. Manifestaciones del lujo en la decoración de interiores”, *Artigrama* 19, 2004, p. 409-426.

<sup>16</sup> Las referencias aquí transcritas, todas de protocolos de Barcelona, permiten relacionar el término *lligador* con el mueble para el arreglo del cabello, aunque en otras ocasiones la utilidad específica del mueble es difícil de precisar, ya que a menudo las descripciones no ofrecen datos suficientes para saber si estamos hablando realmente de una mesa que tiene como fin el arreglo personal o simplemente una pequeña mesa con función diversa.

<sup>17</sup> Aunque en principio, en catalán los términos *lligador* y *tocador* son sinónimos y es así como se recoge en los diferentes diccionarios, a lo largo de la historia no siempre se han utilizado como tales. En realidad, el modelo de bufetillo que estamos comentando era y es siempre denominado bajo el vocablo *lligador*, igual que ocurre con el modelo de consola tocador derivado del Imperio, que se difundió a lo largo de la primera mitad de siglo XIX. Esta es la razón de que, aunque considerándose normalmente como sinónimos, *lligador* se relacione más directamente con los tocadores del modelo de mesa y el de *tocador* con las otras tipologías, como las de arquilla, la de cómoda, etc. El otro término catalán que algunos diccionarios relacionan con el mueble para el aseo es el *peinador* aunque su uso con este sentido es excepcional en la documentación histórica catalana. Normalmente hace referencia al peinador o tela que cubre las espaldas a la hora de arreglar el cabello. MAINAR, Josep: *Diccionari dels oficis del moble i de l'interiorisme. Amb vocabulari castellà-català*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1999. ALCOVER, A.M. i MOLL, F. de B: *Diccionari català-valencià-balear*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, edición electrónica.

Otra modalidad de tocador que se desarrolla en paralelo y con un origen posiblemente más antiguo, consiste en una mesa vestida, de tal manera que unas largas faldas sobrepuestas por un tapete, generalmente blanco, ocultan la estructura de madera.

Esta tipología, origen del término francés *toilette* y que también se localiza en Inglaterra en época temprana, da preeminencia a los tejidos sobre el trabajo de carpintería y se mantuvo como uno de los tocadores de mayor difusión en Europa a lo largo de los siglos, recuperándose con fuerza en la época romántica, momento en que los tapiceros jugaron un destacado papel en la decoración de interiores. Su amplio desarrollo hay que entenderlo como una evidencia más de la importancia que los tejidos han jugado a lo largo de la historia de la decoración y la constante consideración de las telas como un bien preciado y caro desde antiguo hasta bien entrado el siglo XX. Si la iconografía de toda Europa nos da abundantes ejemplos del modelo, la documentación catalana de época moderna ofrece sólo algunos apuntes que permiten intuir la tipología. Efectivamente, las descripciones son tan escuetas que dificultan distinguir si se trata de faldas para el bufetillo o por el contrario, del tapete que cubría el tablero de la mayoría de tocadores:

Un cobrebufet de domas vert de lligador ab una flocadureta de or i seda ja usat (1607) o Un obrilligador de (teixit) (1672), un obrilligadó vert de estamenya, usat. Un mirall de lligadó. Un lligadó de fusta de noguer amb pany y clau (1713)<sup>18</sup>.

Desde finales del siglo XVII y sobre todo a lo largo del siguiente, el tiempo del tocador se convierte en un acto pautado según normas sociales repetidas que se visten adecuadamente para alcanzar el halo de elegancia y encanto que lo convierten en un momento especial de la jornada de las damas de clase alta, al que sólo serán admitidos unos íntimos. Es en este momento que el acto de embellecerse toma el valor de verdadero rito que cuida los detalles para conseguir un todo donde prima el refinamiento. Sabemos que el mueble se ubicaba en el dormitorio y sobre él se disponían los diferentes receptáculos para cosméticos, pinturas, polvos y perfumes, algunos procedentes de países lejanos; así como, los utensilios del peinado y aseo, a menudo de plata, y acompañados del espejo, otro bien caro y delicado, tanto por la luna como por el marco, sobre todo si era en plata o plata dorada. Los mejores muebles, que hasta entonces eran de nogal, se construyen con maderas procedentes de las colonias y a menudo se decoran con marquetería de hueso. No hemos localizado ejemplares de plata, pero bien podría ser, siguiendo ejemplares ingleses y franceses, o como el que describe la condesa d'Aulnoy a su paso por la corte madrileña en 1679:

“Vi el otro día en casa de la marquesa de Alcañices (...) el tocado dispuesto, y aunque esa señora sea una de las más limpias y de las más ricas, su tocado estaba sobre una mesita de plata, y consistía en un tapetillo de las Indias, un espejo del tamaño de

<sup>18</sup> AHPB, Galí, Buenaventura. 2 Libro Inventarios y Encantes 1713-1726, ff. 15r-19r. Inventario de los bienes de Gaspar Espona, tintorero.

la mano, dos peines con un acerico, y en una taza de porcelana, clara de huevo batida, con azúcar cande<sup>19</sup>.

A menudo, acompañaba el bufetillo una pequeña pero lujosa caja para guardar las joyas, que solía incluir un espejo en el interior de la tapa. Este mueble tipo arquilla, que actualmente llamaríamos joyero o caja joyero, es lo que en aquella época era denominado tocador<sup>20</sup>. Tipológicamente deriva de los escritorios y se documenta en Francia en el siglo XV y en España desde el último tercio del siglo XVI<sup>21</sup>. Esta es la razón de que, volviendo al Diccionario de Autoridades, se considere el tocador como “palabra que deriva del tocado de las mugeres” y se defina en su primera acepción como “caja de madera exquisita con algunos embutidos de concha u marfil o plata y en ella divisiones para guardar los adornos y bujerías del tocado de las mujeres. Suelen tener en la tapa un espejo para estarse mirando cuando se peinan<sup>22</sup>”.

El francés Gilles Corrozet ya describe en un bello poema datado en 1539, uno de estos tocadores en forma de arquilla como *cabinet remply de richesses meuble pour roynes ou pour duchesses/ cabinet sur tous bien choisi/paré de velours cramoisi/de drap d'or et de taffetas*” donde ellas guardan joyas, botones, lazos, guantes, espejos de mano, utensilios de escritura, cremas para la cara, polvos, el ámbar, los polvos de Chipre, las cremas y demás cosméticos, los perfumes y tantas otras cosas necesarias para su estilo de vida que es *impossible le dire il semble*<sup>23</sup>.

En España, las damas se lustraban y empolvaban la cara, como nos recuerda Madame d'Aulnoy en sus siempre extravagantes comentarios: “No se besan al saludarse; creo que debe ser para no quitarse los polvos que llevan en la cara<sup>24</sup>, y añade “las he visto que llevaban la frente tan lustrosa, que aquello llamaba la aten-

<sup>19</sup> GARCIA MERCADAL, José: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, IV, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1999, p. 101. Según sigue su narración, la mezcla de huevo y azúcar se utilizaba para dar brillo y tirantez al rostro.

<sup>20</sup> María José Castañeda nos informa que “La palabra tocador que procede del verbo tocar, el que toca, tiene un homónimo tocador que proviene de toca, prenda de cabeza. Corominas explica el origen incierto de toca, término registrado en 1081, que desde la Península se extiende a varios países de Europa. De toca deriva primero tocar con significado de peinar y mucho después tocador que en el siglo XVIII podía designar desde caja de afeites o neceser, estancia o retrete donde tocarse o asearse o prenda la cabeza o tocado”. CASTAÑEDA, María José: *Inventarios de enseres domésticos (1750-1850)*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2003.

<sup>21</sup> Es decir, de los muebles con gavetas en su frente que se difundieron por España desde el siglo XVI y se utilizaban para guardar objetos de escritura y otros enseres de valor. Consultar RODRIGUEZ BERNIS, Sofía: *Diccionario de mobiliario*, Madrid, Ministerio de Cultura, 2006.

<sup>22</sup> El modelo se difundió por Europa en el siglo XVII. Bellos ejemplares se realizaron en Italia, como los que se conservan en el Museo Lázaro Galdiano (nº inv 3.534) y en el Sur de Alemania, como los publicados en *Möbel für die Kunstkammern europas Kabinettschänke und Prunkkassetten*, Munich, Georg Laue, 2008.

<sup>23</sup> CORROZET, Gilles: *Blasons domestiques 1539*. El poema completo en RICCARDI-CUBIT, Monique: *Un art européen Le Cabinet de la Renaissance à l'époque moderne*, Paris, Editions de l'Amateur, 1993, p. 6.

<sup>24</sup> GARCIA MERCADAL, *op. cit.* (nota 17), p. IV, p. 100.

ción. Se diría que poseen un barniz sobre el rostro, y que la piel está humedecida por él y estirada de tal manera que no dudo que debe dolerles<sup>25</sup>. Pasa luego a fijarse en el recogido del pelo y apunta “separan sus cabellos con raya a un lado de la cabeza y los ondulan sobre la frente, y de tal modo brillan que se podría una mirar en ellos. Otras veces se ponen una trenza de cabellos postizos (...) De ordinario se suelen hacer cinco trenzas, a las que anudan cintas o cordones de perlas; las unen por sus extremos sobre la espalda, y en verano, cuando están en sus casas, las envuelven en un trozo de tafetán de color, guarnecido con encajes de hilo”, que adornan con plumas o con joyas: “Llevan toda la cabeza llena de agujas, unas con pequeñas moscas de diamantes y otras con mariposas, cuyas pedrerías marcan los colores” y más adelante añade “Las he visto que llevan plumas tendidas sobre la cabeza (...) Esas plumas son muy finas y moteadas de diferentes colores, lo que las hace mucho más bellas<sup>26</sup>.”

Recuperando la documentación en catalán nos encontramos a menudo este tocador-joyero en los inventarios de nivel económico alto. Los términos que lo identifican son *arquilla* o *arquilleta* cuando la apertura de la caja es frontal—*Una tauleta y una arquilleta a modo de lligador sens ningun guarniments ni acabado* (1677), *Una arquilleta ab son pany y clan sis calaxos petits y un de llarch de noguera ja usada. Un lligador sobre lo qual està dita arquilleta ja usada. Un mirall de la forma mitjana usat*<sup>27</sup> (1681) y *baulet* cuando se recoge la tipología de cofre o baúl de tapa superior, también de origen francés —*Un lligador de noguer ab tres calaixos un gran dos xichs sobre dit lligador un baulet guarnit de vidre ab pany y clau* (1736)-.

Como ocurre con el ejemplar citado por Corrozet, también en Cataluña parece que deberíamos interpretar estas arquillas como neceseres, ya que su contenido y su forma de caja estaban diseñados para cubrir las necesidades de su propietario tanto en la vivienda como también durante los viajes<sup>28</sup>. Los había muy completos y, en los casos que se detalla el contenido, se registran enseres para funciones de escritura, como el tintero y el secante; piezas del servicio de mesa, como platos y escudillas, jícaras y cubiertos; objetos de iluminación, como candeleros y espabiladeras; utensilios de costura, y naturalmente objetos de arreglo personal, como las garrafas de agua de olor, las cajas para polvos y cremas, los cepillos y cañones para aplicar los polvos de pelo, normalmente en materiales nobles, como la plata y la plata dorada y complementos en nácar o carey<sup>29</sup>.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 101.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 99.

<sup>27</sup> AHPB, Sescases, Jacinto. 2 Libro Inventarios 1681-1694, doc. 7. Inventario de los bienes de Josep Farnades, droguero.

<sup>28</sup> En inventarios de época posterior también se localizan tocadores de campaña, como el descrito como *un tocador de campanya pintat de vermell ab dos calaixets* en AHPB, Ribes y Granés, José. 5 Libro de Inventarios y Encantes 1792-1797, f. 37v.

<sup>29</sup> El mejor tocador de esta tipología de caja localizado en Cataluña es el de propiedad del comerciante Josep Senillosa en 1716, que hemos publicado en PIERA, Mónica: “La cómoda y el tocador, muebles de prestigio en la sociedad catalana del siglo XVIII” *Pedralbes*, 25, 2005, pp. 259-282, pero por su interés creemos interesante repetir, añadiendo todo su contenido: *Descripció*

Los hábitos del Siglo de las Luces acentúan aún más la valoración social de lo que podíamos llamar el tiempo y espacio del tocador. La influencia francesa generaliza la moda de atender a los íntimos en las habitaciones privadas de la nobleza, mientras la señora de la casa, sentada ante el tocador, recibe los últimos retoques a su sofisticado peinado. La estancia donde esta actividad tiene lugar, su decoración, el mueble que sustenta el atrezzo para la belleza y las joyas se convierten en motivo de atención y conversación y se les dedica la necesaria atención.

El lujo que desprende el tocador como estancia, así como el uso abusivo de lazos, cintas, sombreros y joyas que lucían las mujeres sigue siendo causa de crítica, ahora por parte de los ilustrados. Como nos recuerda Carmen Sarasúa, Jovellanos aborda esta cuestión en *Conversación sobre el origen del lujo* donde una mujer se expresa con estos términos: “Los hombres, saliendo al mundo, hallan en sus estudios, en sus destinos, en sus mismos entretenimientos, siempre varios y activos, la necesidad de despreciar o la ocasión de moderar la afición al ornato. Pero ¿qué hará una joven acostumbrada desde niña a estimarse y sobresalir por su adorno y vestido? ¿Qué hará cuando, al entrar en el mundo, ve que este cuidado ocupa todo su sexo y es materia a la estimación o desprecio de los hombres?”<sup>30</sup>.

Igualmente, combatiendo a favor de la educación de las mujeres y contra la dependencia excesiva de la imagen exterior, se expresa con rotundidad la ilustrada Josefa Amar y Borbón en su *Discurso en defensa del talento de las mugeres, y de su aptitud para el gobierno, y otros cargos en que se emplean los hombres* de 1786:

---

*del que conté un tocador de madera pintada de pintura de xarol que se compon lo tapador ab son mirall dintre ab quatra figuras y dos xapas y algunes pedras de dos different colors, y altra tapador ab unas planxas de plata y conxa la qual conxa fa diferents visos, y baix dit tocador un secret dins de ell no si ha trobat cosa, dins dit tocador y cosillas de ell lo qual se trobava en los estudis de Joseph Senillosa negociant, contiguas a la Argenteria, propi de Joseph Rosti negociant se han trobat las cosas següents:*

*Un tinter, polsera y hostiera ab sos tapadors tot de plata. Un plat ab sa escudella y tap a la escudella dorada. Dos xicraras de plata doradas de dintra . Una tassa dorada de dintra. Dos capsas grans siselladas totas de plata. Dos garrafillas per aigua de olor. Dos tassetas petites de plata per posar colors. Dos capsas de plata per tenir color en pols. Dos capsas de plata una de fil y grana y altra per tabaco. Un parell de candelerets de plata. Unas tenassas de plata. Un canó de plata ab son mànech. Unas espabiladoras ab son platillo tot de plata y na campanilla de plata. Un retaullet guarnit de plata. Un canonet de plata per posar ba(...). Una cullera, uns escuradents, un celló tot de plata. Una agulla de passar un didal, una garrafilla ab son tap, una guarnició de estisoras de fil y gran y un ...de fil y grana, un coxet per posar balsam tot de plata. Un canó per posar polvos al cap una pluma de fil y grana de plata . Una borla ab son mànech de plata. Un respall de [rels] ab sa cinta de plata. Un respall de pell cuberta la fusta de plata. Un canó de nacre ab son puño de plata. Una garrafilla de cristall guarnida de plata. Un ganivet ab mànech de cotxa, capsas de plata. Lo qual descripció de cosas se ha fet a instancia del senyor don Gabriel de Fortiza con presència del sr. Don Josep de Tembrana, thesorer general intervino de la reyna nuestra senyora. Ab instància del jove argenter qui ha individuat dites pessas. AHPB, Galí, Bonaventura. 2 Libro Inventarios y Encantes 1713-1726, ff. 5r-5v.*

<sup>30</sup> SARASÚA, Carmen: “Un mundo de mujeres y hombres”, en SESEÑA, N. (dir.): *Vida cotidiana en tiempos de Goya*, Madrid: Ministerio de Educación y Cultura, 1996.

“4° No contentos los hombres con haberse reservado, los empleos, las honras, las utilidades, en una palabra, todo lo que pueden animar su aplicación y desvelo, han despojado a las mugeres hasta de la complacencia que resulta de tener un entendimiento ilustrado. Nacen, y se crían en la ignorancia absoluta: aquéllos las desprecian por esta causa, ellas llegan a persuadirse que no son capaces de otra cosa y como si tubieran el talento en las manos, no cultivan otras habilidades que las que pueden desempeñar con estas. ¡Tanto arrastra la opinión en todas materias! Si como ésta da el principal valor en todas las mugeres a la hermosura, y el donaire, le diese a la discreción, presto las veríamos tan solícitas por adquirirla, como ahora lo están por parecer hermosas, y amables. Rectifiquen los hombres primero su estimación, es decir, aprecien las prendas, que lo merecen verdaderamente, y no duden que se reformarán los vicios de que se quejan. Entretanto no se haga causa a las mugeres, que sólo cuidan de adornar el cuerpo, porque ven que éste es el idolillo, a que ellos dedican sus incienso” y continua (16°) Se pone mucho cuidado en adornarlas (a las niñas), con lo qual, llegan a adquirir un cierto hábito de pensar siempre en la compostura exterior...<sup>31</sup>.

Sabiéndose que el mueble guarda muy a menudo las joyas familiares y que es visto por las visitas, se identifica como objeto de lujo, renueva su estructura y se construye con materiales menos costosos, ya que el afán de modernidad pasa en ese momento por exigir una vida más efímera a las nuevas creaciones. Igual que ocurre en la casa zaragozana, como ha constatado Carmen Abad, también en Cataluña los nuevos interiores de lujo se fijan más en el conjunto y en la apariencia general que en los de materiales duraderos y las técnicas caras del siglo anterior<sup>32</sup>.

Es necesario fijarse en las propuestas del país vecino para comprender el cambio de ubicación del mueble tocador dentro de la vivienda. Si los ejemplares franceses se habían colocado hasta ahora en el dormitorio, los nuevos planos arquitectónicos los sitúan en una estancia específica para su uso, denominada *toilette*, y que nace como complemento del dormitorio y formando parte de los espacios femeninos junto al *boudoir*<sup>33</sup>. En su estudio de las viviendas francesas Monique Eleb-Vidal distingue dos tipos de *toilette* en la casa aristocrática francesa del siglo XVIII, que se diferencian ambas de los baños. Así comenta que allá

se pratiquaient alors deux types de toilette. La première toilette est solitaire, dans un lieu de retrait souvent sombre (et cela est volontaire), ces pratiques corporelles semblant nécessiter à cette époque l'isolement et l'ombre, tandis que la toilette est pu-

<sup>31</sup> Edición de Carmen Chaves Tesser, publicada en *Dieciocho* 3.2, 1980, pp. 144-159.

<sup>32</sup> ABAD, *op. cit.* (nota 13), p. 413. Efectivamente, en el siglo XVIII tiende a abandonarse materiales duraderos y caros, como el mármol, lacas o las maderas de indias, y sustituirse por charoles, pinturas en trampantojos o jaspeados, que logran un efecto nuevo y un conjunto general vistoso, pero que son menos costosos y en detalle menos precisos y finos en su ejecución.

<sup>33</sup> El *boudoir* es una estancia íntima, femenina, cerrada y sombría, colindante al dormitorio y al tocador, muy bien decorada, que Le Camus de Mézières define como *séjour de la volupté, où l'on doit trouver un air de galanterie*, y donde debe reinar el lujo, el gusto y el recogimiento. LE CAMUS DE MEZIERES, Nicolas: *Le génie de l'architecture ou l'analogie de cet art avec nos sensations*, París, Benoit Morin, Imprimeur-Libraire, p. 116.

blique. Elle est même, alors, un moyen de marquer son rang. Ensuite elle sera liée plutôt à un dispositif de séduction où la sensualité (les cheveux, les parfums...) sera évoquée dans un jeu subtil du montré et du caché.

En la primera estancia se realizaba entre otros el lavado parcial que hemos comentado antes, pero estos dos espacios nada tienen que ver con los del baño de cuerpo entero que se había convertido en un acto excepcional y, por lo tanto, sólo presente en algunas de las exclusivas casas de los grandes franceses, pero que no hemos localizado en Cataluña:

Lorsque, dans le demeures les plus riches, la baignoire est indiquée, elle se situe dans un appartement de bains, autonome par rapport aux autres appartements composant l'habitation; il est composé d'une suite de pièces: pièce de bains, étuve, pièce de repos. Le bain n'est donc pas seulement une pratique d'hygiène, de toilette, mais aussi un plaisir corporel, plaisir qui semble plutôt réservé aux femmes. C'est aussi une prescription médicale. Dans l'ensemble, à cette époque-là, c'est une pratique peu courante. Sur le plan du grand hôtel dessiné par J. F. Blondel pour illustrer l'Encyclopédie de Denis Diderot et Jean Le Rond d'Alembert, l'appartement de bains apparaît avec sa suite de pièces: étuve, chambre des bains, salle des bains, cabinet de toilette et antichambre»<sup>34</sup>.

El modelo de tocador semipúblico que comenta Eleb-Vidal, ese que desarrolla la sensualidad, la coquetería y la elegancia tiene su paralelo en las viviendas españolas. Para seguir con la comparación con ciudades cercanas a Cataluña, observamos que en Zaragoza, el cuarto llamado del gabinete se interpreta como una auténtica dependencia privada –que no forzosamente íntima- de uso femenino y cuyos elementos más relevantes son el tocador y el número de espejos de la pared, que ofrecen un marco perfecto para la coquetería, el galanteo y las confidencias<sup>35</sup>. En Palma, en cambio, parece que en el siglo XVIII el tocador no tiene un lugar fijo en la casa, pero normalmente se sitúa en el dormitorio<sup>36</sup>.

En la capital catalana esta estancia ideada para el arreglo femenino y adecuada a su uso recibió el nombre de *tocador*, aunque también se registra bajo las voces de *peinador* o *repartet*<sup>37</sup>. Se localiza a un lado de la alcoba de la señora de la casa y suele decorarse con atención y esmero. Muchas son las referencias a esta pieza y un breve repaso a la documentación permite acercarnos a todo aquello que la so-

<sup>34</sup> ELEB-VIDAL, Monique: *Architectures de la vie privée. Maisons et mentalités XVII-XIX*, Archvies d'Architecture Moderne, p. 54.

<sup>35</sup> ABAD, Carmen: "Viejos modelos y nuevas costumbres: espacios privados para la mujer en la vivienda zaragozana del siglo XVIII", *Espacios interiores. Casa y Arte. Jornadas Internacionales Espacios Interiores. Casa y arte. Desde el siglo XVIII hasta el XXI*, 2006

<sup>36</sup> MASSOT, *op. cit.* (nota 6), p. 166.

<sup>37</sup> Los tres términos se registran en la documentación del siglo XVIII. Los dos primeros haciendo referencia al uso de la estancia, el peinado y tocado y el último más impreciso, se utiliza también para citar por ejemplo otras habitaciones pequeñas, como es el estudio del señor junto a su alcoba.

ciudad relacionaba con lo femenino y el concepto de lujo moderno. En el inventario datado en 1769 de los bienes de la señora Teresa Amat Lentsclà, prima del marqués de Castellbell, que vivía en la calle Montcada, se nos describe el tocador, entendido como habitación para el arreglo, amueblado con piezas del nuevo gusto y con especial atención a las policromías. La lista de muebles de esta sala está en consonancia con la calidad de los demás bienes de la difunta, incluida la abundante plata, diversos baulitos de cristal y flores de vidrio y la biblioteca. En concreto, sabemos que tenía un tocador pintado de charol con dos espejos, uno muy pequeño y el otro mediano. Para sentar a las privilegiadas visitas, disponía de seis sillas con los asientos de tela blanca bordada en colores y pintadas de color canario, con las *estampetas de diferents colors*, es decir, con la madera pintada y trabajada en *arte povera*, técnica que procedente de Venecia se difundió por el Mediterráneo, dejando en Cataluña un considerable número de referencias documentales y algunas piezas que han sobrevivido. Además de un *llogador*, complementaba la estancia un reloj inglés de repetición con la caja también de charol<sup>38</sup>.

El tocador de casa de Salvador Tamarit, inventariado en 1774, se registra bajo el genérico de *quarto* y se revistió de papel pintado en blanco, verde y azul, material que gana adeptos a medida que avanza el siglo y mejoran las técnicas para su fabricación, siguiendo la estela de la industria textil de indianas. El tamaño de la sala debía ser considerable ya que incluía además de un catre de nogal donde poder reposar, un canapé, una docena de sillas y otras dos más pequeñas, todas con asientos de enea. En las paredes colgaban cuadros de diferentes tipos, incluidos el retrato de los reyes, pinturas sobre piedra y grabados. Sobre los muebles lucían objetos a la moda como figuras de barro y jarros con flores de seda. En cuanto al tocador, se componía de una mesa pintada sobre la que descansaba la caja-tocador que era de madera dorada y que incluía las cajitas también doradas y el resto de *quincallas* de la señora. El documento especifica que el tocador es de la señora, cuestión esta que no es baladí, teniendo en cuenta su alto precio<sup>39</sup>.

Más pequeño debía ser el tocador de casa de los señores Desvalls en la calle Sant Pere Més Alt, ya que el notario cuando inventaría la casa en 1774 lo cita bajo la entrada en un *quartet xich* que da salida a la recámara y se ilumina por una ventana desde el patio interior. El mueble tocador es en charol rojo con su espejo y decorado con figuras de oro e incluye la arquilla con su tapete de guadamecí, que se describe como *a la antigua*, haciéndonos ver que este modelo de tocador formado por mesa y arquilla estaba ya superado a estas alturas de siglo. Además de este mueble en la estancia había un arca con la ropa y otra más pequeña con los zapatos de la señora, cuatro sillas de enea, unas en rojo y otras en azul, unos grabados en la pared y diferentes utensilios de costura<sup>40</sup>.

<sup>38</sup> AHPB, Campllonch, Félix. 7 Libro Capítulos Matrimoniales, Concordias e Inventarios 1768-1772, ff. 449v-491r.

<sup>39</sup> AHPB, Ribes y Granés, José. Inventarios y Encantes 1774-1779, ff. 15r-47r. Ya comentamos la atención que prestan los documentos para aclarar la propiedad de las joyas y el resto del contenido de los tocadores, en PIERA, *op. cit.* (nota 30), pp. 259-282.

<sup>40</sup> AHPB, Ribes y Granés, José. Inventarios y Encantes 1774-1779, ff. 59r-85v.

La planta principal de la casa de los condes de Blanes y de Centellas en la calle de la *Devallada de Sant Miquel* de Barcelona incluía en 1780 una de estas estancias de decoración primorosa al servicio de la belleza. Las paredes se organizaban con un arrimadero de tela pintada, por encima del cual lucía un juego de seis cornucopias y un buen número de pinturas sobre vidrio y otra de la Virgen de Montserrat sobre seda. Las cortinas del balcón eran de tafetán y el suelo estaba cubierto de estoras. Su tamaño no debía ser tan reducido, ya que había sitio para nada menos que nueve banquetas (*tamborets*), un catre vestido con dosel y sus correspondientes cortinas de brocatel, donde nos podemos imaginar descansando a la condesa. Como contenedores, además de una cómoda de caoba, destacaba el tocador en forma de mesa y un armario empotrado con la plata de la casa. Entre los objetos citados destaca otra de esas cajas-tocador que, igual que ocurría en los ejemplares de inicio de siglo, podemos considerar un neceser de viaje. Forrado de cuero por fuera y de tela por dentro incluye el espejo, una bandeja con taza, candeleros, escudillas, cubiertos, además de lo necesario para el tocado, como son peines, frascos para agua de colonia y diversas cajas. En un estuche de terciopelo por fuera y tafetán blanco encontramos las primeras joyas de un conjunto numeroso, las mejores con diamantes, pero también con esmeraldas y otras piedras, relojes de oro y un largo etcétera, algunas de las cuales se especifica que fueron regaladas por el conde con motivo de la boda. Entre los objetos del tocador se detallan la jarra y palangana de plata, por lo tanto, en este caso, el arreglo permitía también el lavado<sup>41</sup>. La presencia de agua en el tocador no parece común si atendemos a las descripciones documentales catalanas, pero en un repaso a la iconografía extranjera descubrimos a menudo su existencia. Sea como sea, la relación de arreglo personal y agua no era directa, de la misma manera que la concepción de la belleza tampoco implicaba el lavado. El hecho de que el agua ocupara un lugar menor en estos tocadores permite entender unas decoraciones con materiales poco resistentes al agua y los líquidos, como el papel pintado y las telas y unos muebles trabajados con técnicas delicadas, como la policromía, el dorado, el charol o el chapeado.

Una década más tarde, en la planta noble de la casa de los Moja en la Rambla de Barcelona, el tocador se situó nuevamente junto a la alcoba de la marquesa de Cartellà y de Moja. La habitación abría balcón a la calle Portaferriusa y estaba revestida por arrimaderos pintados sobre tela y tejidos en tafetán azul, muy al gusto del momento. Los muebles eran selectos e incluían el tocador en forma de bufetillo de cerezo junto a las cómodas aportadas por la señora de la casa en el contrato matrimonial y que estaban decoradas en dorado sobre fondo de charol azul, haciendo juego con las telas de la estancia<sup>42</sup>.

Ahora que sabemos dónde tenía lugar el acto del arreglo y la decoración del espacio, vamos a fijar la vista en el mueble principal del tocador ya que registra una evolución y se desarrolla en modelos que tienen como denominador común el interés por la unidad conceptual. Tienden a fusionar en uno lo que antes eran los

<sup>41</sup> AHPB, Ribes y Granés, José. Inventarios y Encantes 1780-1785, ff. 8r-26v.

<sup>42</sup> ALCOLEA, Santiago: *El palau Moja*. Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1987, p. 67. El inventario analizado por Alcolea data de 1790.

tres componentes del tocador: el bufetillo, la caja-joyero y el espejo. De esta manera, en Cataluña el tocador del siglo XVIII se resuelve principalmente con tres formas básicas, denominadas indistintamente *llogador* o *tocador*<sup>43</sup>. Las dos primeras derivan del modelo de bufetillo de siglos anteriores; es decir el modelo vestido o el que deja la madera vista con cajones en la cintura y añade sobre el tablero una pequeña cajonera que da soporte al espejo basculante, todo ello bajo un único diseño<sup>44</sup>. La tercera posibilidad parece derivar de diseños ingleses y es por ello que la podemos encontrar como *tocador a la inglesa*, aunque en ese país no fue una tipología de gran difusión, mientras que en Cataluña recibe un trato específico que la convierte en uno de los muebles más interesantes del siglo<sup>45</sup>. Para buscar el referente inglés hemos de acudir a la edición de 1762 del *Director* de Thomas Chippendale. En concreto, en la lámina CXVIII y bajo el título *Design for a toylet table* se presenta un diseño plenamente rococó con una estructura inferior de cajones y un cuerpo superior con exuberante espejo flanqueado por dos estrechas cajoneras<sup>46</sup>. En el caso catalán se trata de un tocador cuyo cuerpo inferior se desarrolla en forma de pequeña cómoda con una fila de cajones sobre el tablero que sirve de base del espejo. Las *calaixeres amb escambell*, nombre que reciben estas cómodas, son un modelo propio de Cataluña y de amplia difusión en la época, tanto en este formato pequeño de tocador, como las grandes como contenedor de ropa. En el caso de los tocadores, la cajonera del tablero o *escambell* está normalmente ocupada por una pequeña capilla central que abre por una puerta y sirve para guardar parte de las joyas, y dos cajones bajos que la flanquean. Como decimos, este modelo tiene un fuerte desarrollo en Cataluña sin paralelos en otras zonas europeas y se describe bajo el nombre de *calaixera petita*, *llogador* o *tocador*, como en

Un llogador que fa de calaixera ab quatre calaixos ab sos panys y anellas de llautó y sobre un mirall ab guarnició de escultura dorada (1756), Una calaxera petita cuberta de fullola embutada de noguer ab un perfil que conte quatre calaxos y en la mesa dos

<sup>43</sup> Estos modelos son claramente identificables a través de los ejemplares que han llegado hasta nosotros, mientras que la documentación no siempre es tan clara: *un llogador de fusta de noguer ab son mirall y guarnició dorada y dins de ell se han trobat las joyas y robas de Josepha Cebrià y Vilella*. AHPB, Tos Brossa, Joaquín. Manual 1780, ff. 257r-282v.

<sup>44</sup> *Un tocador en forma de taula ab quatre peus, cobert tot de vellut carmesí ab un galones de or, dins lo qual se han enconrat las pessas de plata doradas de dins y de a fora següents, un mirall, un gerro y palangana, una safata, una capsa gran, vuit capsas més xicas, un respall, dos candeleros, un platet y espavilladeras, una marselina, una escribanía y una sotacopa de pes tot per junt de tres centas onsas. En un calaix del mateix tocador se han enconrat las joyas de or y adressos següents (...)* AHPB, Arnús Pla, Miguel. Manual Ultimas Voluntades e Inventarios 1780-1785, ff. 57r-74v. Inventario del noble Francisco de Colta y de Teixidor datado en 1781.

<sup>45</sup> Para referencias fotográficas de estas tipologías de mueble actualmente en colecciones privadas, consultar PIERA, Mónica y MESTRES, Albert: *El mueble en Cataluña. El espacio doméstico del gótico al modernismo*, Manresa, Angle Editorial, 1999, p. 160 y pp.165-167. Las colecciones del Museo de las Artes Decorativas de Barcelona incluyen también algunos ejemplares.

<sup>46</sup> CHIPPENDALE, Thomas: *The Gentleman and Cabinet-Maker's Director*, Londres, Dover, 1966.

calaxets petits ab un mireall petito sobre dins lo quals se ha trobat lo següent Un joch de perlas finas per los brassos... (1752).

Sobre el mueble se erige el espejo, que se dejaba a la vista cuando se usaba, pero se tapaba con una tela por las noches, en caso de tormenta o enfermedad<sup>47</sup>.

Como podemos ver a través de estas descripciones, una de las técnicas apreciadas para decorar estos nuevos tocadores era el chapeado, a menudo de nogal, que podía incluir trabajos de taracea, en maderas claras, como el boj, la raíz de tejo o el naranjo, y responde al tipo de decoración presente en un buen número de muebles barceloneses de la época y de los que podemos encontrar referencias como esta de 1777: *un lligadó de fusta de noguera ab perfils de taronger usat y un mirall portátil trencat de la lluna*<sup>48</sup>.

Otros ejemplares se embellecían gracias al dorado, como esta descripción de 1766:

Un tocador ab sa calaixera, montans y mirall, tot dorat y guarnit de cristalls, ab robas de dita senyora Gertrudis Pujol y Gispert y totas las cosas pertañents al tocador, como són pentinadors, tovallolas, capsas, pintas, y demés, y un adrés cumplert de or, so és creu, llassada, arrecadas, [p]iotja y brotjas de diamants encastats en plata ab sa sortija corresponent, que lo dit difunt fèu per la boda de dit senyor Fidel, son fill ab dita senyora Gertrudis Pujol y Gispert<sup>49</sup>.

Pero además de la marquetería y la ornamentación con tallas doradas, las técnicas pictóricas gozaban de gran prestigio, especialmente en la versión de charol, que imitaba las lacas orientales. Se ha comentado la influencia de la producción inglesa en esta moda, sobre todo en el caso catalán, probada por múltiples referencias documentales<sup>50</sup>, pero sería interesante abordar otra posible fuente de inspiración que refuerza el gusto por las chinerías y en concreto la laca y los charoles, a través de los gustos difundidos por la monarquía. Inventarios como los de Mariana de Neoburgo (1741), Isabel de Farnesio (1746), Bárbara de Braganza (1758) o Carlos III (1789) recogen objetos con estos acabados, así como en arte povera que se repiten en documentación relativa a la nobleza, tanto madrileña como de otros lugares de

<sup>47</sup> En infinidad de obras artísticas donde se representan tocadores, observamos esta tela colocada detrás del espejo. La costumbre se extendió por Europa de la mano de las supersticiones y por la creencia de que tapándolo se evitaba que el alma abandonara el cuerpo en caso de enfermedad, recogiendo la idea de la que el reflejo de un hombre es su alma.

<sup>48</sup> Sobre muebles chapeados catalanes y en concreto barceloneses, consultar PIERA, Mónica: "Muebles de ebanistería en las viviendas de Barcelona", en *El mueble del siglo XVIII: nuevas aportaciones a su estudio*, Museu de les Arts Decoratives de Barcelona, Associació per a l'Estudi del Moble, 2009.

<sup>49</sup> AHPB, Olzina Cabanes, Joan. 6 Libro Testamentos e Inventarios 1765-1767, ff. 133r.-147v. Barcelona, 1766, junio, 16-19, julio, 12-16. Inventario de los bienes que fueron de Joan Baptista Pujol y Senillosa, ciudadano honrado de Barcelona.

<sup>50</sup> Además de la documentación de protocolos catalana que reitera la presencia de muebles con esta técnica, es interesante hacer notar que el influyente Thomas Chippendale aconseja el "japanned", es decir el charol, como técnica para decorar los diversos tocadores que presenta en su libro.

España<sup>51</sup>. El inventario de la Granja de Isabel de Farnesio informa de la gran afición que esta reina mostró por objetos de la China, que se ejemplifica además de por una gran colección de porcelanas orientales por “charoles de todos los géneros”. Nos interesa destacar un tocadorcito y un servicio de tocador de charol fondo blanco con diferentes figuras de papel cortado, compuesto por ocho cajas grandes y chicas de posible factura veneciana<sup>52</sup>. También en Cataluña, igual que otras áreas mediterráneas, son comunes los ejemplares de tocador y mobiliario diverso trabajados a la manera de la china, con policromías acharoladas y barnices que emulan la prestigiosa laca oriental y también algunos incluyen figuras en *lacca contrafatta*. Los contactos comerciales con los puertos de la Península Italiana permiten entender la expansión de esta moda, pero no hay que desdeñar la influencia de los gustos reales en su penetración entre las clases dirigentes.

El charol de los tocadores se complementa con el de muchos otros objetos, especialmente cajas, bandejas, cómodas o asientos realizados por los doradores o traídos de importación. Recogemos descripciones como:

Un tocador ab vuyt calaixos ab sas anellas doradas y sobre un escriptori petit ab sos calaixets y quatra capsetas de xarol ab un mirall al mitg de dos muntants, tot de xarol encarnat molt usat, dins lo qual se ha trobat lo següent: Un pentinador de tela guarnit... (1755), Un tocador de fusta pintat de negre ab perfils de colradura ab son calaix del mateix ab sobrepanys y armellas de llautó ab sa cuberta de domàs carmesí molt vella y sargida, ab sa tovallola de tela guarnida de mossolina viada ab sas capsas corresponents de xarol ab dos miralls lo un petit lo altre més avansat, respall y demás cosas pertanyents al tocador, molt usat (1766)<sup>53</sup>, Dos tocados de xarol vermell ab dos miralls ab guarnició del mateix xarol (1784) Un tocado de fusta pintada de xarol ab sos perfils dorats y un mirall mitjanser ab sa cuberta de roba de fil y seda de color carmesí tot usat, dins del qual y ha algunas mantellinas de dita senyora (1785).

Cuando en 1776 doña Bernarda, hija de Anton Foxà i Mora ingresa como religiosa en la orden de San Juan de Jerusalén, el padre encarga al carpintero Josep Font los muebles que ella aportará en dote, en concreto una cómoda, una cama y también el tocador. Por este mueble se pagaron 10 libras, mientras que la cómoda costó 30 y la cama 17 la cama. El precio, así como los ejemplares que han llegado a nosotros en dependencias conventuales, nos hacen pensar que el tipo de tocador corresponde al modelo de bufetillo que, como hemos visto, procede de siglos anteriores y seguía vigente en algunas de las viviendas de la época<sup>54</sup>. Lle-

<sup>51</sup> ORDOÑEZ, Cristina: “Moble lacat a España” en COLL, K. (dir.): *El moble a Mallorca. Segles XIII-XX. Estat de la qüestió*. Palma, Consell de Mallorca, 2009, p. 113.

<sup>52</sup> GARCÍA FERNANDEZ, M<sup>a</sup>. Soledad: “Paneles de laca del dormitorio de Felipe V en el Palacio de La Granja de San Ildefonso” en: *Philippe V d’Espagne et l’Art de son temps*, Actas de congreso, Sceaux, 1993, pp. 193-207.

<sup>53</sup> AHPB, Olzina Cabanes, Joan. 6 Libro Testamentos e Inventarios 1765-1767, ff. 106r-133r. Inventario de los bienes que fueron del comerciante de la ciudad de Barcelona, Josep Verdaguer y Ros.

<sup>54</sup> AHPB, Olzina Massana, Cayetano. 7 Manual Instrumentos 1776, ff. 168v-169r. El monasterio de Pedralbes, por ejemplo, conserva una buena colección de bufetillos de nogal.

gados al último cuarto de siglo XVIII los dos modelos de tocador catalán comentados, el bufetillo y la cómoda, se mantienen vigentes sin más cambios que los puramente estéticos. Las formas se adaptan a los parámetros neoclásicos y las decoraciones eliminan las referencias que evocan la naturaleza para recuperar la gramática clásica y es bajo estos cánones que entra en la estela del gusto imperio y del siglo XIX.

Aunque, como hemos visto, el tocador es esencialmente femenino, a lo largo del tiempo se han diseñado ejemplares pensados para el aseo masculino. En este caso los muebles debían resolver dos funciones, por un lado la del peinado y por otra la del afeitado. Si bien la primera difiere poco de la femenina, el afeitado, en cambio, hace necesario el uso de agua, lo que lleva a desarrollar ejemplares de estructura y materiales diferentes a los de las mujeres. Debían diseñarse con espacio para ubicar la jarra, la jofaina y la toalla, además un compartimiento para las navajas y el jabón, sin olvidar el necesario espejo, ya fuera de mano o fijo. En los primeros siglos de la Edad Moderna estos elementos no quedaban integrados en un único mueble, sino que simplemente se aglutinaban cuando se hacían necesarios. Pero, el desarrollo de las artes decorativas europeas del siglo XVIII y el interés social por el cuidado personal, así como el impulso de la decoración de interiores, llevan a la creación de diversos modelos de tocador específicos para hombres, algunos de ellos firmados por prestigiosos talleres de ebanistería. Estas piezas tenían como objeto cubrir las funciones de aseo, pero podemos incluirlas entre los resultados de la activa manufactura de productos de lujo destinada a los interiores domésticos de las clases más privilegiadas.

París y Londres son las primeras en elevar ese mueble esencialmente útil, en pieza de calidad y digna del dormitorio masculino, aunque, al no incluir joyas, no alcanza la importancia social de los ejemplares femeninos. Eso sí, se construyen en maderas nobles y se desarrollan en estructuras ingeniosas que no revelan su uso cuando están cerradas, pudiéndose confundir con las preciadas mesitas auxiliares, ligeras y a la moda. Sólo cuando era menester, se abrían los tableros dejando a la vista la jofaina, el espejo y la toalla. Los mejores podían incluir complementos de plata o, en todo caso, de porcelana<sup>55</sup>. Los diseños propuestos en estos dos grandes centros artísticos se extendieron por Europa con ciertas variaciones. La documentación catalana nos da muy pocas pistas sobre los posibles ejemplares catalanes, lo que nos lleva a pensar en su poco desarrollo como pieza de ebanistería de calidad. En ocasiones, su estructura parece conservar el bufetillo de los siglos XVI y XVII, como en *una tableta ab son calaix de fusta que serveix de pentinador* entre los bienes del señor de la casa<sup>56</sup>. Los inventarios recogen tocadores en las estancias que

---

<sup>55</sup> Puede recogerse información fotográfica de tocadores masculinos en diccionarios sobre mueble o en libros de historia del mueble. En el caso inglés hay una buena selección bajo la voz *dressing table* en EDWARDS *op. cit.* (nota 10). Para localizar ejemplares franceses se puede consultar la entrada *toilette* en REYNIÈS, Nicole de: *Le mobilier domestique. Vocabulaire typologique*, París, Imprimerie Nationale, 1992.

<sup>56</sup> AHPB, Ribes y Granés, José. 5 Libro de Inventarios 1792-1797, ff. 95-110. Inventario de Francisco de Dusay.

forman parte de los espacios privados masculinos en torno a la alcoba, pero los utensilios para el afeitado se pueden guardar en algún cajón de la cómoda o del escritorio, junto a la ropa del propietario<sup>57</sup>. Su formato podía ser en forma de estuche que incluía además los objetos para el peinado y aseo<sup>58</sup>. Muchas otras veces, la falta de representación social del acto de afeitarse se revela a partir de su localización en cualquier lugar de la casa<sup>59</sup>.

Si en la Época Moderna el tocador femenino se relaciona con la belleza y como hemos visto es un mueble suntuoso y de prestigio social, el lavamanos, en cambio, es un mueble eminentemente funcional al que pocas veces se le concede importancia más allá de su practicidad como soporte de la jofaina, la jarra y la toalla. Así, aunque es cierto que este período puede ser considerado el del aseo en seco porque la belleza no se relaciona con el lavado con agua, no es menos cierto que en la época moderna estaba extendido el lavado parcial, en concreto de manos, cara, pelo y pies. Esta es la razón de que en los recibidores de las viviendas, en el comedor o, muy a menudo, en una estancia colindante a éste se incluyan lavamanos. Su presencia era constante en las casas de campo donde llevaban la jarra o depósito y jofaina en cobre o estaño a la manera francesa, o en cerámica esmaltada y no siempre incluían un mueble de madera donde encastar las piezas, ya que a menudo se empotraban directamente en la pared o se dejaban sueltas sobre cualquier mueble de la casa<sup>60</sup>. También se repiten los lavamanos en las viviendas de personas acomodadas de Barcelona. Igual que ocurre con los tocadores masculinos las descripciones de la documentación notarial son muy escuetas y no suelen dar pistas sobre su estructura. Así, son comunes entradas como *un rentamans de fusta ab sa gibrelleta de pisa* o *Una gerra de terra verda per lo rentador de mans*<sup>61</sup>, que aunque informan poco, permiten reconocer su existencia en las casas. Más común en estas viviendas de nivel económico alto de la capital también es la presencia del aguamanil y palangana sin mueble específico para su uso, pero en estos casos, los materiales sue-

<sup>57</sup> El marqués de Castellbell, Cayetano de Amat, disponía de un tocador en una pequeña habitación junto a su alcoba donde también se encontraba un buró y una cómoda. En el interior de esta última, se localizan los peinadores y tres juegos para afeitarse con las toallas. AHPB, Ribes y Granés, José. 5 Libro de Inventarios y Encantes 1792-1797, ff. 31r-94r.

<sup>58</sup> *"Un estoig de pell ab tres navajas i una pinta, ab bacina, capsas de bola, dos ampollas de cristall, un potet de pisa, que tot serveix per afeitar, molt usat."* AHPB, Prats, Joan. 5 Libro de Capítulos 1783-1784, ff. 54r-65r. Inventario de los bienes de Pau Bonet y Villar, corredor de cambios.

<sup>59</sup> En 1793, el ciudadano honrado de Barcelona, Javier Mata, guardaba la bacía de *pisa fina de Valencia*, junto con el conjunto de objetos de afeitado sobre la arquilla papelera donde se almacenaba el archivo familiar. AHPB, Prats, Joan. 8 Libro Capítulos 1792-1794, ff. 146r-175r.

<sup>60</sup> La existencia de muebles lavamanos en las casas de campo del Empordà y también en las viviendas de los pueblos de nivel económico alto de este territorio del nordeste catalán las recogimos en nuestro estudio sobre el mobiliario de estas comarcas catalanas y las pudimos comentar en PIERA, Mónica: *Audacia y Delicadeza. El mueble de Torroella de Montgrí y el Empordà (1700-1800)*, Torroella de Montgrí, Fundación Mascort, 2008, p. 113.

<sup>61</sup> En el inventario de Francisco Desvalls y de Alegre en 1774, junto al comedor. AHPB, Ribes y Granés, José. Libro de Inventarios y Encantes 1774-1779, ff. 59r-85v.

len ser la plata o la porcelana y en su defecto, el estaño o la loza. La razón de la escasez de muebles de soporte parece responder a que en las familias acomodadas era un sirviente el que acercaba el agua a la mesa y no el señor el que se levantara a lavarse, al menos hasta finales de siglo XVIII y como herencia bien antigua. La práctica del lavado de manos se realizaba tanto antes como después de la comida. Además del lavado de manos en el comedor, la jarra y la palangana también eran utilizadas en el tocador, aunque su uso no parece tan generalizado. Como hemos comentado, la iconografía y algunos conjuntos de objetos para el arreglo personal llegados hasta nosotros, así como descripciones notariales lo avalan.

A finales del siglo XVIII, se hace cada vez más común la colocación de depósitos fijos cerca del comedor, colgados de pared o en mueble, a la manera de los ejemplares del campo y por extensión de Francia. Esta tendencia obliga a alterar las maneras y será el señor el que deberá levantarse y desplazarse para poder utilizarlo. Este cambio de hábito, simplificaba su uso, no lo circunscribía únicamente al acto de comer y al aseo, pero sobre todo evitaba la dependencia para con los criados. Su nueva ubicación alteraba un acto que se había ritualizado durante siglos, lo que no fue bien aceptado por todo el mundo. Especialmente, la nobleza conservadora, como es el caso de Rafael de Amat, quien, con con su habitual ironía, lo lamenta. En ocasión de las celebraciones de la boda de sus hijos, en casa Castellbell, se queja de que se olvidaran de bendecir la mesa, teniendo que hacerlo *baixet, a voler de ser bon cristià*, pero también replica que no se procediera al lavado de manos, antes y después de las comidas, con las siguientes palabras:

Llàstima que es bórrie una tan santa lloable pràctica en estes taules de compliment, àdhuc de les de no tant, segons la moda estrangera del dia, com així s'ha practicat, ni en lo rentar-se hom i eixugar-se les mans abans i després de dinar<sup>62</sup>.

El barón insiste sobre el tema en una de las estancias de la torre Castellbell, en octubre de 1799, donde ya se había instalado un depósito con grifo tras la puerta del comedor:

En est dinar, segons moda estrangera, no hi ha hagut benedicció, al principi ni gràcies al fi; ni tampoc pasar lo gerro i palangana per taula, después de los postres: si que es volia rentar tenia d'obrir una aixeta disimulada entre els portals de galeries, i allí rentar-se les mans i eixugar-les ab lo mateix tovalló<sup>63</sup>.

El lavamanos escondido tras una puerta, tal como nos lo presenta el barón de Maldà se repite en otras casas barcelonesas, siendo entonces la jarra y la palangana de loza o cerámica, en lugar de plata. Lo encontramos por ejemplo en casa de Cayetano de Amat y de Rocabertí, tío de don Manuel de Amat, donde se descubre uno

<sup>62</sup> AMAT Y DE CORTADA, Rafel de: *Calaix de Sastre*, Barcelona, Curial, 1987-1996, vol. IV, p. 128.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 246.

de estos muebles con agua, en una *llogeta* o compartimiento que abre desde el despacho<sup>64</sup>. En el inventario del noble Xavier de Blanes se nos deleita con una descripción algo más detallada, como la del lavamos ubicado también en un cuarto junto al comedor: *Una gerra gran embarnisada de terra ab sa axeta de bronze y una conca gran de aram ab tres peus de ferro*<sup>65</sup>.

### 3. NUEVOS PARÁMETROS PARA LA EDAD CONTEMPORÁNEA

Superada la época moderna y entrado el siglo XIX, el tocador adquiere en Cataluña dimensiones más grandes y adapta su estructura a la manera de la *poudreuse* francesa, o consola tocador, de cánones arquitectónicos de influencia Imperio. La caoba, la talla dorada y las tapas de mármol se convierten en materiales al servicio del mueble catalán, incluido el tocador. La estructura del mueble se simplifica, abandonándose el modelo tipo cómoda y eliminando cajones, para dejar únicamente uno en la cintura del tablero y ocasionalmente otro pequeño, en el estante inferior entre las patas. El espejo aumenta de tamaño progresivamente, consecuencia de la bajada de su precio gracias a la técnica del plateado que se generaliza a finales de la década de 1830. Estas consolas tocador se describen bajo entradas como:

Un tocador de fusta de cahovilla ab son mirall gran al demunt y ab dos gerros dorats ab sos panys de llautó y pisa dins del qual esta conduhida la roba propia de Rosa Julià y Ribera filla de dit difunt (1810).

La industrialización permite experimentar con nuevos materiales más económicos, de producción seriada, aunque la madera, especialmente las especies exóticas, sigue siendo el material predilecto a la hora de embellecer un mueble que seguía siendo tanto de prestigio como de uso. La estética del tocador se adapta al conjunto del dormitorio y los fabricantes lo venden a juego con el resto de muebles, es decir, con la cama, cómoda, armario y sillas<sup>66</sup>. Aunque la forma básica no varía con respecto a aquella mesa con cajones en la cintura y espejo basculante, los nuevos tiempos permiten desarrollar ingeniosas estructuras que se adaptan fácil-

<sup>64</sup> AHPB, Ribes y Granés, José. 5 Libro Testamentos e Inventarios 1792-1797, ff. 31r-94r.

<sup>65</sup> AHPB, Ribes y Granés, José. Libro de Inventarios y Encantes 1780-1785, ff. 8r-26v. Inventario de don Francisco Xavier de Blanes y Centelles, datado en 1780.

<sup>66</sup> Cuando Francisco Miquel y Badia al inicio de su historia del mueble argumenta la importancia del mobiliario para precisar la significación de los edificios y como elementos que vienen a completarlos y redondearlos, lo ejemplifica comparando un armario para un despacho de abogado con otro para “el tocador, boudoir o camarín de dama aristocrática”, considerando que, para cumplir con su función, este segundo debiera diseñarse con “finas y de curvas elegantes (...) para que se halle en armonía con el resto del mobiliario, para que armonice también con los gustos de la dueña, para que responda asimismo al galano aspecto del aposento y de la persona que utilizará el mueble”. MIQUEL I BADIA, Francisco y GARCÍA LLANSÓ, Antonio: *Historia del Arte*, VIII, Montaner i Simon, 1897, p. 2.

mente a varios usos. La multifuncionalidad común en el mobiliario del siglo XIX debido a la disminución del espacio en la mayoría de viviendas y al aumento de población de clase media permite entender como el tocador se unifica a menudo con el escritorio o el armario, añadiéndole cajoneras, puertas y un amplio tablero.

Por otro lado, los tratados médicos insisten concienzudamente en la necesidad del lavado con agua y jabón como elemento imprescindible para la buena higiene y la prevención de enfermedades. Estas prescripciones conllevan a que esos dos muebles independientes y con historias separadas, el tocador y el lavamanos, se fueran fundiendo en una sola pieza. Desde ese momento los arquitectos incluyen en sus proyectos de vivienda una estancia para la limpieza del cuerpo allá donde se pudieran hacer llegar las canalizaciones de agua. El lavabo debía sumar las funciones que hasta entonces hemos visto que se habían desarrollado de forma independiente. Debía dar solución al lavado, ya no sólo parcial, sino completo con agua y jabón; pero debía incluir también lo necesario para el arreglo y el peinado, es decir, espejo y compartimentos para los aderezos, propios del tocador.

Los lavabos para hombre, que para su afeitado siempre habían necesitado el agua, son los que más fácilmente aprovechan de las mejoras tecnológicas. Consecuentemente, los muebles barbero se adaptan pronto a la canalización de agua e incluyen también sistemas de iluminación, ya fuera a gas o eléctrica.

Poco a poco el concepto de belleza, bienestar e higiene sólo serán aceptados si se suman a la del lavado. Este cambio de mentalidad permite que muy a menudo encontremos que tocadores de finales del siglo XIX y durante el siglo XX sean en realidad lavabos con depósito o canalización de agua que suman a su estructura el espejo y los cajones del tocador.

A lo largo del siglo XX el tocador, como pieza de mueble independiente se mantiene en los interiores y conjuntos más sofisticados, subrayando su papel como mueble suntuoso y de prestigio. Se sigue situando en el dormitorio, donde se convierte en una pieza a juego con el resto de los muebles, que aporta valores como el lujo, sofisticación o exotismo al conjunto, pero su uso será en todo caso posterior a la del lavado y como complemento de éste, ya nunca más un arreglo en si mismo. En las revistas de decoración de la década de 1950 se subraya su importancia como "mueble femenino por excelencia" y da consejos para escoger las telas para los tocadores vestidos. "En todos ellos habrá que tener en cuenta varios puntos: Primero, que la altura esté en proporción con el asiento; por lo general, la altura no varía de 75 a 80 centímetros, por 45 centímetros del asiento. Otro punto esencial es que las faldas se desplacen fácilmente y que sean ricas en tela. Las telas más apropiadas son las más ligeras, como los tules, las organzas, muselinas, etc. Sin embargo, para una decoración más clásica son apropiados los brocados y terciopelos. Los tonos más claros son los más felices y, sobre todo los tonos pastel y el blanco. Únicamente en los ambientes rústicos se pueden utilizar los estampados, ya sean crotonas, "chintzs" o indianas"<sup>67</sup>.

---

<sup>67</sup> *Arte y Hogar*, núm. 118, marzo 1955

Sólo los cambios de hábitos de la segunda mitad de siglo y los avances técnicos, estéticos y conceptuales de la estancia donde se coloca el lavabo, llevan a que en el siglo XXI hombres y mujeres prácticamente abandonen el uso del tocador para pasar a peinarnos y asearnos allá mismo donde nos hemos lavado. De esta manera, en el diseño del lavabo se busca un lugar donde colocar los afeites del antiguo tocado. Aún así, la suntuosidad del tocador parece pervivir en el imaginario colectivo y se hace realidad entre los complementos de las muñecas que hacen las delicias de las niñas y en todo aquello, publicidad incluida, que subraya lo femenino. De esta manera, en el siglo XXI el tocador sigue evocando aquellos muebles lujosos y sofisticados que durante generaciones fueron un importante signo de prestigio social.